
UNDECIMO
CONGRESO URUGUAYO
DE CIRUGIA



1960

4 - 7 DE DICIEMBRE

TOMO II



SEDE:

FACULTAD DE MEDICINA

AVDA. GRAL. FLORES, 2125

SECRETARIA GENERAL:

AVDA. AGRACIADA, 1464 — PISO 13 — MONTEVIDEO

UNDECIMO
CONGRESO URUGUAYO
DE CIRUGIA



1960

4 - 7 DE DICIEMBRE

TOMO II



SEDE:

FACULTAD DE MEDICINA

AVDA. GRAL. FLORES, 2125

SECRETARIA GENERAL:

AVDA. AGRACIADA, 1464 — PISO 13 — MONTEVIDEO

11º CONGRESO URUGUAYO DE CIRUGIA

SESION INAUGURAL

Salón de Actos de la Facultad de Medicina con
asistencia de los Miembros del Comité de Honor

Domingo 4 de diciembre. Hora 11

- 1) Himno Nacional.
- 2) Palabras del Sr. Ministro de Salud Pública, *Dr. Carlos V. Stajano.*
- 3) Palabras del Sr. Decano de la Facultad de Medicina, *Dr. Juan J. Crottogini.*
- 4) Palabras del Sr. Delegado de los cirujanos del Interior, *Dr. Orlando Pereira.*
- 5) Palabras del Sr. Presidente del Congreso, *Dr. José A. Piquinela.*

DISCURSO INAUGURAL DEL Sr. PRESIDENTE
DEL 11º CONGRESO URUGUAYO DE CIRUGIA,
Dr. JOSE A. PIQUINELA

Sr. Ministro de Salud Pública, Sr. Decano de la Facultad de Medicina, Sr. Presidente de la Sociedad de Cirugía, señores profesores, señores colegas, señoras y señores:

Mis primeras palabras deben ser para expresar a los cirujanos uruguayos, mi reconocimiento profundo y sincero por el honor que me han dispensado al designarme Presidente de este Congreso; quedará en lo íntimo de mi ser como un recuerdo gratísimo y emocionado, por el resto de mis días.

Debo señalar que este certamen científico es la obra de un Comité Ejecutivo donde el presidente oficializa con su firma el trabajo, el esfuerzo y la labor de otros; cabe a ellos el reconocimiento por el plan al cual se ajusta y la estructuración que lo cimenta.

Agradezco al Gobierno del país el que se haya hecho representar en este acto oficial y con mayor razón cuando esa representación la inviste un hombre que ostenta el título de Profesor Emérito de esta casa, que ha sido maestro mío y al que me unen lazos de hondo afecto. Es mucho lo que el Gobierno puede hacer en bien de reuniones de este tipo cuyo honor en buena parte se refleja sobre él y es mucho lo que necesitan la medicina y cirugía nacionales del apoyo y de la preocupación del Gobierno, reconociendo el beneficio y la utilidad de los Congresos Médicos Nacionales y dando a los médicos y cirujanos del país los medios pertinentes —de los que tanto se necesita— para cumplir su misión. Nunca será ocioso insistir en el hecho de que no basta

para el ejercicio de nuestra tarea, dedicación, entusiasmo, voluntad, conocimientos, vocación, mismo sacrificio personal, que todo ello existe y en especial lo último, aunque por razones íntimas nadie naturalmente lo pregone. Se necesitan, además, y en forma especialísima, medios adecuados que den al médico y cirujano, artesano al fin, los elementos que le permitan realizar correcta y eficazmente la misión social a que está llamado por la índole de su profesión y para cuyo ejercicio aquéllos son indispensables.

Y también cabe a los gobernantes colaborar con los médicos para mantener la dignidad de nuestra profesión, cuya vinculación con el Estado es total. El acceso a los cargos públicos que deben ser desempeñados por médicos y la progresión dentro de los mismos, debe hacerse sobre la estricta valoración de dos únicos y grandes méritos: los de orden técnico y los de orden moral. Ninguna otra cosa debe contar. Se asegura así el éxito de los mejores y de los más buenos, se contribuye al progreso científico y asistencial del país, se estimula el trabajo y la dedicación personal y se sienta una orientación inobjetable ante las más estrictas exigencias de orden moral y profesional.

Y los médicos seguiremos enseñando, desde donde estemos, cualquiera sea el lugar que ocupemos, con la palabra y fundamentalmente en el terreno de la acción, que no hay otro camino para escalar posiciones que la contracción al estudio, la dedicación y el trabajo y que no se puede ni se debe postergar a otros sino después de haberles dado amplia, libre y abierta oportunidad para que compitan con uno. Así se podrá salir a la calle y mirar al sol, con la conciencia tranquila, la mente serena y el alma pura; que hay en ello una estremecedora emoción que sólo tienen el privilegio de sentirla en su mundo interior los hombres de recta intención y limpio corazón.

Hay que enseñar con la palabra y el ejemplo, como un evangelio de permanente vivencia, profunda repulsión por todo lo que sea explotación aprovechada de factores circunstanciales, por todo lo que sea abrirse paso sobre la base exclusiva de la audacia y el atrevimiento y obtener posiciones a expensas de recomendación e influencia de amigos. Puede que ello dé triunfos fáciles pero al precio de dejar en los recodos del camino jirones de la profesión de médico, de universitario y de hombre.

El médico debe ser, además de un profesional que sabe, un hombre austero, severo consigo mismo, de acrisolada honradez, con una sola moral. Porque si la profesión de médico es en manos de un hombre virtuoso la más bella, la más singular, sin ningún género de dudas la más extraordinaria de las profesiones liberales, puede transformarse, poseída por un hombre inescrupuloso, en un arma temible y mismo perversa.

Una palabra de hondo reconocimiento para los cirujanos argentinos, queridos compañeros cuya permanente presencia en nuestras reuniones anuales hace que los sintamos como algo indisolublemente ligado a ellas. Yo experimento una profunda emoción al verlos asistir a nuestros Congresos, prestigiándolos con su presencia y dándoles un brillo inusitado con su participación en los mismos.

Y siento una honda emoción porque a medida que pasa el tiempo, el nudo se aprieta cada vez más, como consecuencia lógica de amores, dolores, problemas e incertidumbres comunes.

No podemos ignorar que —lo han dicho más de una vez— ésta ha sido para ellos la tierra de promisión como lo fue la suya para ilustres varones nuestros cuando nos tocó la hora amarga de las libertades conculcadas. Aquí encontraron ellos como en su tierra los hombres nuestros, la comprensión, el afecto, la simpatía, el hondo calor de hogar que mitiga la ausencia, hace más llevaderas las horas amargas, ayuda a ver el rayo de luz que horada siempre la lóbreguez de las sombras, mantiene y alienta la esperanza; todo eso que da fe en el día que vendrá, que hace amar naturalmente lo bueno y lo noble, que otorga fuerzas para pelear la buena batalla y que asegura a través de las generaciones que se suceden y de los años que pasan una verdad incommovible, aunque la mente frágil y tornadiza de algunos parezca a veces olvidarla: el hombre digno, sólo puede convivir con sus semejantes cuando tiene libertad. Y para honor de esta nuestra bella y noble profesión, bueno es señalar que en ambos márgenes del Plata, los médicos, las excepciones no cuentan, han sabido en todo tiempo alzarse gallardamente contra dictadores, tiranos y tiranuelos, enfrentarlos con serena valentía, sin aspavientos, pero sin vacilaciones, ocupar en la lucha un puesto de vanguardia,

perder inclusive lo que costó casi una vida conquistar para defender esa libertad sin la cual no puede concebirse la auténtica salud del cuerpo, de la mente y del alma, escribiendo con letras de oro, al precio de torturas, destierro, persecuciones y sangre, un principio muy caro a los universitarios de todos los tiempos: la salud y la felicidad humanas no se conjugan con ninguna opresión. Lo han hecho siempre y lo seguirán haciendo.

Con el regocijo que se siente cuando una familia se reúne, les ruego que en nombre de los cirujanos uruguayos, acepten el testimonio de nuestro sincero reconocimiento.

Nuestra entusiasta y calurosa bienvenida a los cirujanos de todo el país, cuya asistencia y participación en estas reuniones ha sido y sigue siendo factor principalísimo del éxito de las mismas. Se acentúa con ellas la comprensión y el afecto recíprocos y estos Congresos resultan en su trabajo, inquietud y ponencias, la expresión del pensar y sentir de todos los cirujanos uruguayos que viven problemas, ansiedades, dificultades y desazones comparables. La unidad de la familia quirúrgica del país, a la que propenden estas reuniones, es para mí de elevada trascendencia y de incalculables proyecciones; bastaría ello solo para justificarlas.

Nuestro homenaje a todos ellos y en especial a los que viviendo alejados de los centros médicos principales de la República están continuando la redacción de esa página brillante que escribieron sus predecesores, cuando el ejercicio correcto de la profesión llegó a lindar con el heroísmo. Nuestro encendido respeto a colegas que se llaman a veces discípulos nuestros en el aula, ignorando tal vez que son maestros nuestros en la acción.

Nuestro respetuoso homenaje a las señoras de médicos que ponen con su presencia en esta fiesta de médicos una nota de belleza y de distinción, de dulzura y de elegancia, siempre tan necesaria en la relativa aridez de un congreso científico. Merecen ese homenaje y se los rindo sin retaceos. Lo merecen ampliamente porque en verdad es difícil ser esposa de médico, por lo que la vida de éste tiene de imprevisible, de incierta, de ar-

gustiada, de amarga; porque en el hogar del médico se introduce con todos sus problemas la vida de los demás, el dolor y la ansiedad de los otros, la impertinencia y la ingratitud de muchos, a cualquier hora y sin pedir permiso. Porque —con razón se ha dicho— deben ejercitar sin condición hipocrática alguna, gran parte del holocausto que cabe al médico mismo. Se les exige una tolerancia, una comprensión y un espíritu de sacrificio como seguramente no se le pide a ninguna mujer de cualquier otro profesional.

Muchos de los que estamos aquí —y en primer término el que habla— deben gran parte de lo que son a su esposa. Por ello reitero un deseo expresado hace ya diez años desde esta tribuna: un día los médicos hemos de venir aquí y ese día, en que la presidencia de la reunión no asentará en el estrado, sino allí donde haya una mujer de médico o una madre de médico, estarán de más los discursos, pero llenará los ámbitos de esta Facultad un aplauso que espero llegue a conmover hasta los cimientos de esta casa de estudios.

Nuestro reconocimiento a las autoridades de la Facultad de Medicina por permitirnos que sea ella la sede de nuestro Congreso. En verdad no podría a éste ubicársele mejor. Hace años pasamos el umbral de esta casa con un mundo de ilusiones en la mente y con una honda emoción en el corazón. Comenzaba la etapa en que iba a plasmar una vocación largamente acariciada y que en los años liceales, en el interior, parecía tan solo un sueño. El sueño comenzaba en esos momentos a tomar proyecciones de realidad.

En sus cursos nos fuimos haciendo médicos, pero además completamos la estructuración de nuestra personalidad de hombres, forjándola en el crisol de sus aulas a la vera de maestros ilustres que ayudándonos a ser médicos nos enseñaron con su ejemplo la luminosidad de esa otra profesión universal que es la de hombre. Todo en esta casa habla de ellos; su voz resuena en las aulas y muros, patios y escalinatas se encienden al conjuro del recuerdo como una llama imperecedera que mantiene a través del tiempo que pasa la fe en el hombre y la fe en el médico.

Este Congreso, como los anteriores, se realiza bajo los auspicios de la Sociedad de Cirugía. Aún cuando no he llegado todavía a la edad en que se vive de los recuerdos, soy un hombre que siempre ha gustado mirar hacia atrás, respetar a quienes nos precedieron y han sido y son nuestros mayores y tener el placer de buscar y encontrar en ellos el numen tutelar. Tuvo razón Churchill cuando dijo, como invitado de honor del Royal College of Physicians de Londres: "Confieso que soy una gran admirador de la tradición. Cuanto más atrás podéis mirar, más lejos podéis mirar hacia adelante."

La Sociedad de Cirugía tiene una honrosa y respetable tradición. Hombres talentosos que fueron los maestros de los actuales cirujanos del país, la fundaron, la impulsaron y le dieron con su entusiasmo, su voluntad y su desinterés, el desarrollo que le ha permitido la espléndida realidad de hoy. Estos Congresos son el fruto alejado de esa labor que debe ser señalada a las generaciones actuales como testimonio de justicia y reconocimiento. Diciendo estas palabras parece aliviarse, al menos en parte, la deuda de gratitud que se tiene con ellos y que sentimos en todo momento en nosotros.

Algunos ya idos, prolongan su influencia desde el más allá como un alerta permanente durante el ejercicio de la profesión. Otros, felizmente, nos dan el placer de verlos aquí y honrar con su presencia la iniciación de este Congreso que en mucho les pertenece. Es tanto lo que se les debe que sería difícil establecer dónde termina lo mucho que hay de ellos y dónde comienza lo poco que hay nuestro en el contenido y la realización de estas reuniones anuales. Es de estricta justicia consignarlo así.

Señores:

Un nuevo Congreso Nacional de Cirugía va a iniciarse. Una vez más los cirujanos uruguayos venimos a decir nuestra verdad; la verdad de hoy; la verdad que hoy creemos tal. No importa que ella no sea mañana más que una verdad a medias, que el tiempo, como pasa siempre en ciencia, podrá corregir, enderezar o desmentir, parcial o totalmente. No importa digo, porque la verdad en ciencia no es un punto de llegada sino para lo que la precedió. Es siempre un nuevo punto de partida, absolutamente necesario en el progreso y desenvolvimiento científico que dará

lugar a innumerables ideas y sugerencias, muchas de las cuales llegarán a modificarla en todo o en parte, para dar lugar, en los días que vendrán, a una nueva verdad que como la de hoy llegará plena de sugerencias, incertidumbres y problemas.

Es que en ciencia pasa un fenómeno curioso y apasionante que sin embargo, no le pertenece en propiedad: lo desconocido tiene un encantamiento que lo pierde al hacerse conocido para renovar entonces el encantamiento y la atracción por los nuevos horizontes aún inescrutados que permite siquiera divisar a lo lejos aunque no sepamos lo que encierra; precisamente en no saberlo está su máxima atracción.

Claude Bernard lo dijo con palabras precisas: "Quien no conoce los tormentos de lo desconocido, debe ignorar los goces del descubrimiento, que son los más vivos que el espíritu del hombre puede sentir. Pero por un capricho de nuestra naturaleza esta alegría del descubrimiento tan buscado y tan esperado se desvanece desde que se le ha logrado. No es más que un relámpago cuyo resplandor nos ha descubierto otros horizontes hacia los que nuestra curiosidad insatisfecha se dirige con mayor ardor."

Los trabajos de los congresos de cualquier parte del mundo dejan siempre en el lector la sensación de que valen tanto o más por lo que traducen como inquietud, como cosa moviente y no resuelta que por lo que estampan en el papel como verdad aparentemente adquirida y en cierto sentido quieta. Es indiscutible que aquella inquietud basta y sobre para justificarlos.

Venimos pues a decir nuestra verdad de hoy, con firmeza exenta de toda vanidad, serenamente, sin estridencias desde luego pero sin temores ni vacilaciones, creyendo con total y sincera ausencia de pedantería que la cirugía nacional ha llegado a su mayoría de edad para conducir honestamente sus propios problemas. Ello no significa ignorar ni subestimar lo foráneo; supone sentir que no estamos actuando necesariamente bajo su tutela.

Venimos todos, cirujanos jóvenes y maduros, docentes y no docentes, con y sin títulos oficiales, que esta es una de las características más salientes y uno de los méritos mayores de estas reuniones, a decir nuestra experiencia y nuestro conocimiento. A decirlos con humildad, que es una de las grandes particularidades de nuestra profesión y que debe ser permanentemente enfatizada. La humildad es una nueva grandeza a añadir a una profesión ilustre como la nuestra pero que tiene el peligro de la

sobreestimación. Ella hará menos tajante la afirmación, más punzante la duda; redondeará lo anguloso, suavizará lo abrupto y dinamizará siempre la inquietud que alimenta en el hombre ese fuego interior que hace arder el corazón como ardía el de aquellos bíblicos caminantes que un día transitaron por el polvoriento sendero de Emaús.

¡Es tan grande y extenso lo que queda por recorrer! ¡Es tan saludable y positivo vivir ignorando lo poco que se sabe, con la certeza abrasadora de lo mucho que se ignora, acuciado por la evidencia de que lo se conoce es insignificante al lado de lo que queda por aprender!

Venimos a decir una verdad que está en buena parte cimentada en el dolor de los otros, ese dolor que aherroja el cuerpo y que con sus gritos desgarrantes, ha llenado de tristeza, valga la expresión lerichiana, los mundos y los siglos. Es posible que la Medicina sea la más antigua de las ciencias. Cuesta poco creer que el hombre, al mismo tiempo que miró al cielo entre temeroso y absorto buscando entender la lengua de los astros, los fijó conmovido y apesadumbrado en la compañera que se retorcía de dolor para darle un hijo, en el herido que pedía auxilio, en el moribundo que clamaba ayuda. E hizo nacer la Medicina desde que sintió el impulso generoso —nosotros creemos que instintivo— de prestarles ayuda al mismo tiempo que pensó en la magnitud de las fuerzas desconocidas que provocaban ese dolor, las temió y buscó protegerse de ellas tratando de comprenderlas. El impulso de aliviar el sufrimiento sigue siendo, a través de milenios, la razón de nuestra profesión. Es lógico que en sus primeras etapas fuera empírica con un fuerte contenido mágico-sacerdotal y acentuados matices religiosos en algunos pueblos más que en otros. Hoy es ciencia y arte y esto último mucho más para el cirujano. No vale la pena reeditar una discusión discriminativa que a nuestro juicio ya no tiene razón de ser.

La cirugía es un oficio; la cirugía es por sobre todo artesanía y artesanía de alta calidad. Ello se dice y se repite y nadie podría ciertamente negarlo. Precisar el alcance de los conceptos sin embargo, no es tarea vana, máxime desde sitial tan honroso, si se alienta la esperanza de que algún cirujano muy joven pueda detenerse a meditar sobre estas palabras.

Por artesanía que ella sea, no le alcanza en manera alguna con ser puramente manual, aunque esto sea fundamental en el

ejercicio de la misma. Una mano ágil, elástica, flexible, hábil, suave y firme a la vez es de real importancia; la técnica tiene un valor que sería riesgoso subestimar. Pero la mano del cirujano tiene de subyugante el hecho de que como la del artista, más aún si cabe que la del pintor o del escultor, porque burila en carne humana, obedece a un concepto y trasunta en sus gestos y movimientos, ideas de larga maduración previa y hechos comprobados, a todo lo cual debe obedecer. No se dice una novedad pero se refirma algo que debe ser enfatizado si una vez más se expresa que la técnica debe, en cirugía, estar subordinada a un concepto previo largamente discurrecido y meditado; con esta subordinación no se le relega a un plano inferior, sino que se le coloca donde a nuestro juicio ella debe estar. Esa dependencia la ha hecho cada vez menos mutilante, ya que curar mutilando es el pesado precio que hay que pagar a la ignorancia de no poder obtenerlo de otra manera. En el respeto a órganos y tejidos, en la medida que el proceso patológico y el conocimiento que de él tengamos lo permitan, y en el celo por conservar la función, radica el progreso real de la cirugía y la sana —y por qué no decirlo— conmovedora alegría del cirujano.

El cirujano no puede ser en nuestros días, un operador, aunque la habilidad de algunas manos parezca prestidigitación. Sin un bagaje de conocimientos exigible cada vez más amplio —desasosegantemente amplio, ya que a la anatomía y a la fisiología, se agregan la fisiopatología, la anatomía patológica, la patología general, la patología del órgano, del tejido, de la célula, de los humores, la físico-química, la biología—, sin ese bagaje sobre cuya base el cirujano debe construir su acto al ejecutarlo, por hábilmente que se muevan sus manos, no será más, al decir de Boyd, “que un cortador de carne o un extraedor de sangre”.

“Así como es nuestra patología, así es nuestra práctica”, ha dicho luminosamente, con toda su autoridad, William Osler.

El cirujano no puede, pues, improvisarse ni son aconsejables en su preparación, apresuramientos o marchas forzadas. Su base debe ser la patología, con todo lo que ella significa y que ha sido precedentemente expuesto, ya que no le tocará tratar enfermedades, cuyo conocimiento previo es esencial, sino enfermos; es el problema del enfermo y lo que conviene a cada caso en particular, el secreto del éxito. Los esquemas, útiles para aprender, en-

señar, sintetizar y recordar, no pueden ser la base del acto quirúrgico en donde se requiere discernimiento para, fuera de todo esquema, hacer lo que el caso particular del paciente requiere. La cirugía tiene siempre que obedecer a un concepto largamente meditado.

Es importante, es fundamental, saber hacer una resección o una derivación; pero es más importante aún si cabe, saber cuándo hacer la una o la otra. Ello es fruto del tiempo, del estudio, de la maduración, de la observación, de la experiencia, ajena y propia. Hay que saber esperar a que todo eso haga su obra; ir de lo simple a lo complejo recordando que no siempre lo primero es tan sencillo como parece ni lo segundo tan enmarañado como pudiera parecer. Hay en cirugía un a, b, c, indispensable, fundamental, inescapable, que debe recorrerse con paciencia, disciplina y orden, si se quiere evitar lagunas —que pueden llegar a ser piélagos inmensos— y que no es luego fácil ni a veces posible llenar en forma diríamos “retroactiva”. Hay molinos que muelen lenta y finamente; pero muelen mejor y con eficacia cierta. No hay técnica ni problema inaccesible; sabiendo esperar, con estudio, trabajo, observación y perseverancia, lo que inicialmente parece inalcanzable se torna factible y realizable.

Por otra parte, el acto quirúrgico en sí hace largo tiempo que dejó de ser algo cuyo mérito intrínseco pertenece en propiedad al cirujano que lo ejecuta. Si éste ha de tener habilidad —arte, técnica—, debe poseer también ímpetu, decisión, serenidad —que la dan los conocimientos y, desde luego, las condiciones personales— y coraje, con gran sentido, esto último como todo lo anterior, de la ponderación y de la medida; coraje honesto, diríamos razonable y si se quiere discriminado, que no es difícil sino, ser valiente con el cuerpo ajeno. Sangre fría, sí, pero con adecuada proporción de sangre caliente, para que en medio de los problemas no siempre totalmente previsibles del acto quirúrgico, éste se desarrolle en un clima de augusta serenidad, lo que en manera alguna excluye, sino que impone la firme y segura decisión cuando el accidente más o menos inesperado se anuncia o sobreviene. Cuanto mejor se pensó y preparó una operación, salvo muy contadas excepciones que confirman la regla, mejor serán los resultados. Y siempre con gran espíritu de observación —condición indispensable y fundamental— ya que cada

operacion es para el cirujano una espléndida e insuperable experiencia pródiga en sugerencias para una próxima intervención similar.

No se puede negar pues, sino refirmar, que para ser cirujano se necesitan una serie de condiciones personales: vocación, temperamento, dedicación, espíritu de observación, amor al estudio, resistencia física, capacidad para dirigir y organizar, gran sentido de responsabilidad. La cirugía es, en suma, una escuela de carácter; para empuñar con dignidad el bisturí se necesita una manera de ser especial que se modela luego en la fragua de una lucha bravía en la que se vence y se es derrotado; lucha a menudo sin cuartel, donde no repuesto aún del contraste hay que enfrentar una nueva batalla en la que un semejante se juega la vida y que se emprende siempre con particular ardor como si entonces, a pesar del tiempo pasado, se hicieran las primeras armas. Pocos hombres como el cirujano llegan a comprender el hondo contenido de la actitud de aquel niño, cuando roto el vaso del que momentáneamente no salen más notas, es transformado en búcaro y la flor en él entronizada, paseada triunfal en el concierto de flores del jardín.

Pero el éxito de una intervención es el fruto, innegablemente, de un equipo que el cirujano debe dirigir y a cuyo buen funcionamiento y adecuada organización se debe integralmente el resultado; un equipo en que no hay puestos llaves ni cargos subestimables, desde el médico internista que ayudó a la preparación del enfermo hasta la nurse o enfermera que dispuso la sala y ordenó el material; todo cuenta, todo gravita en el éxito o en el fracaso.

Hay, sin embargo, en la cirugía —como en la medicina—, algo más, poco importa donde ello quiera ser colocado. Para nosotros, está en primera línea. Me refiero a la emoción que provoca el asistir a un ser humano enfermo. No creo que por ello merezca ser llamado sentimental, aunque entiendo que serlo, en la correcta acepción del término, es un privilegio. Si existen médicos y cirujanos que ejercen sin emoción, hay que sentir piedad por ellos.

Y aquí debo, una vez más, expresar mi profundo reconocimiento para los enfermos de hospital, de quienes se ha dicho con razón que son doblemente respetables por estar enfermos y ser pobres y con cuya carne sufriente y angustiada, aprendí y aprendo medicina. Cada enfermo es siempre algo más que un caso interesante que plantea problemas doctrinarios y conceptuales de mayor o menor trascendencia. Por apasionantes que éstos sean, no hay que olvidar nunca que es un ser dolorido y a menudo angustiado, turbado cuando no destruído; que está peleando una batalla para él siempre importante aunque no lo parezca a nosotros, con la tremenda sensación a veces de que esa batalla, la está perdiendo. El dolor que lacera el cuerpo, turba la mente y oscurece el espíritu; el cuerpo yace en la cama hospitalaria mientras el alma transita a menudo por un valle de sombras, grávido de angustias. Olvidarlo sería imperdonable. Hay también en la medicina ejercida con amor, un sublime mensaje de redención humana.

El impulso de aliviar al semejante que sufre, fue seguramente hace milenios, el origen de la Medicina. Lo rubricó en forma magnífica aquel samaritano que se detuvo un día ante el hombre herido y casi muerto —seguramente judío— en el peligroso camino lleno de recodos, rodeado de peñascos e infestado de ladrones y salteadores, camino llamado en la época rojo o ensangrentado que precede viniendo de Jerusalén a la hermosa llanura de Jericó. Despreciando el riesgo de detenerse, olvidándose que el herido pertenecía a una raza que lo odiaba, que lo miraba con desprecio sumo que llegaba a la execración, que no admitió su testimonio en las cortes, que lo aborrecía en las sinagogas y clamaba a viva voz desde ellas para que no pudiera participar en la vida eterna, se llegó hasta él, lavó sus heridas, las ungió con aceite y vino, lo puso sobre su asno, lo trasladó al mesón, cuidó de él y aseguró al posadero el pago de lo que su ulterior atención demandare. El mesón lleva hoy el nombre de “El Buen Samaritano” para evocar una narración que ha entrado por la fuerza de su contenido, en la inmortalidad.

Y a aquel Doctor de la Ley a quien fue dirigida la parábola en contestación a su pregunta, formulada aviesamente, de “quién es mi prójimo”, se le enseñó, sin lastimarlo, que por encima de la estrecha ley del Levítico, tomada al pie de la letra, que llevó al

Sacerdote y al Celante que pasaron primero ante el herido sin detenerse, a una actitud cruel, cómoda y egoísta, nacia una nueva ley no escrita aún y que no necesitaba de códigos ni reglamentaciones, una ley pujante y avasalladora que habría de inscribirse en el corazón de los hombres, la ley del amor que es, dígame lo que se quiera, la base y esencia de la profesión de médico. Porque para el médico no hay dudas como parecía haberlas para el Doctor de la Ley: mi prójimo es quien me necesita, en cualquier tiempo y lugar, cualquiera sea su raza, religión, filosofía o color, sin preguntar nada, sin pensar en riesgos ni en cálculos de probabilidades, sin ninguna limitación. Ese impulso sigue siendo la razón primera de nuestra profesión; allí donde alguien sufra, allí el médico estará.

Es verdad que el cirujano, terminado el tiempo visceral de su intervención, experimenta un profundo e íntimo regocijo asociado a una particular sensación de plástica belleza al contemplar una resección bien terminada, una anastomosis correctamente ejecutada, una mano restaurada, un campo exangüe. No se me oculta que con ello está pagando tributo a algo muy humano y por humano disculpable, aunque cierta dracma del ego pudiera reprochársele. Pero apenas dura un instante. Porque a todo cirujano, hombre antes que cirujano, le brota en seguida a raudales la íntima sensación del beneficio que esa operación significa a su enfermo; la curación que lo reintegra a la sociedad como una persona normal o el alivio que le permitirá una sobrevivida aceptable y fundamentalmente sin dolor. Y la repercusión que ello tendrá en el núcleo familiar que lo aguarda anhelante y esperanzado.

Este es otro privilegio de nuestra singular profesión. En el sollozo de una madre agradecida, en las palabras entrecortadas de un padre, un esposo o una esposa reconocidos, en las lágrimas de un hijo que como las de todo varón se anudan en la garganta sin brotar en los ojos, hay un contenido abismal para cuya descripción el hombre no creó todavía las palabras adecuadas; el médico en esos momento, sin embargo, tiene la posibilidad de entrever las dimensiones de una bienaventuranza.

Y, ¿qué decir de aquellos a quienes poca o ninguna oportunidad de salvación puede ofrecérseles? Deben merecer, por lo

menos, tanta atención como los otros, prestando oídos a sus lamentaciones, aunque ellas puedan resultarnos a nosotros —hombres atareados— cansadoras y fastidiosas.

Aquí reaparece con todo su vigor el arte de ser médico, el viejo arte de curar, de quien nuestros mayores, sin conocer el mundo de técnicas y descubrimientos que han traído los últimos decenios, fueron consumados maestros. Huy que volver los ojos hacia ellos. Hicieron curas milagrosas y obtuvieron mejorías sorprendentes, conociendo menos que nosotros y sabiendo disponer de tiempo, cariño, cuidados y amor por el que sufre. Manteniendo viva la llama de la esperanza, intuyendo, sin la enorme literatura actual al respecto, el valor de los elementos síquicos y morales en la salud del cuerpo.

Hay que ser médico y “hacer el médico”. No debe faltar tiempo para ello. Los minutos empleados en apretar cariñosamente la mano de un agonizante, en dirigir una mirada de amor o una palabra de afecto a un ser ahito de angustia que se derrumba, nunca es tiempo perdido. El médico vuelve, en esos momentos, a tener otro privilegio: el de protagonizar un milagro a menudo sin saberlo; sus pies siguen apoyados sobre la tierra, su túnica continúa rozando las ropas del lecho hospitalario, mientras una brisa de cielo besa su frente y las puntas de sus dedos tocan las estrellas.

Y no es por cierto el menor entre los muchos privilegios de esta extraordinaria profesión de médico, el poder llegar al final de la jornada y contemplar con ojos humedecidos pero transparentes el largo camino que se recorrió, en medio de luchas, sangre, cansancio y lágrimas; de alegrías y tristezas; de emociones y de angustias; de inquietudes y de sobresaltos; de reconocimientos inmensos y de incomprensiones e injusticias tremendas. Cuando la luz empiece a tomar tintes de crepúsculo, los ojos estarán más húmedos pero seguirán transparentes.

Y ha de llegar la noche. Es inevitable que ella llegue. Pero no será de tinieblas. Imágenes que le son queridas rasgarán la densidad de las sombras y le evocarán, con una emoción para la que no hay palabras, las veces que se acercó a un dolcísimo para calmarlo, a un sediento para sociarlo, a un angustiado para consolarlo, a un desesperado para sostenerlo, a un miserable para re-

dimirlo, a un moribundo para darle, con una mirada de amor, el último nexo con la vida terrena; las veces que con su actitud o sus palabras contribuyó a atenuar, siquiera en parte, el hambre de eternidad que, aun sin que lo sepan, atenace a tantos; las veces en que su mano se extendió para bendecir la carne sufriente y quebrantada en el ejercicio de ese sacerdocio laico que es la medicina hecha con cariño y comprensión. Y mientras envuelto en ellas, su alma será llevada a las márgenes del río de luz donde reposará, un cántico de esperanza y de fe en la vida ha de subir de la tierra al cielo, bajar del cielo a la tierra y repiquetear con sonoridad triunfal en la mente y el corazón de los hombres de buena voluntad, anunciándoles la aurora de un nuevo día, esplendoroso y radiante, donde triunfará entre los seres humanos, sin limitaciones ni eufemismos, por encima de mezquindades, enconos y pequeñeces, de metales que resuenan y címbalos que retiñen, el Amor. Ese Amor grande, creador, comprensivo y fecundo; ese Amor que ha sustentado lo más noble, lo más bueno, lo más sano, lo más puro, lo más santo de la vida; ese Amor que hace prodigios, que sabe de milagros, que se conjuga con lo más excelso del alma humana; ese Amor que ha puesto suave tonalidad azul en tantos atardeceres lóbregos y ha encendido de grana no pocas alboradas hinchidas de congoja; que calmó olas embravecidas, atenuó pasiones e hizo sobrellevables cálices repletos de amargura; ese Amor que tolera, perdona, comprende y a la vez encierra un potencial de energía que mueve montes y collados; que hace temblar las manos del sembrador cuando lanza su simiente sobre el surco recién abierto para ahogar de gozo su corazón cuando las espigas doradas se arquean hacia el suelo por el peso de la mies y la brisa que las mueve suavemente; ese Amor que clama hace siglos con un mensaje insuperado desde un madero en cruz; que puso serenidad en la victoria y ancla en la derrota; que fue y es faro en la tormenta, asidero en el naufragio, voz en el desierto, luz en la desesperanza, destello en la borrasca; ese Amor que es, en último análisis, como el hombre mismo, carne y espíritu, barro y aliento de Dios.

Esperando pues, que sea la auténtica fiesta de hombres y de médicos que ustedes se merecen, queda inaugurado, señores, el 11º Congreso Uruguayo de Cirugía.

11º CONGRESO URUGUAYO DE CIRUGIA

MESA REDONDA

CIRUGIA PLASTICA

Lunes 5 de diciembre. Hora 9

TEMA:

TRATAMIENTO DE LOS TRAUMATISMOS DE LA CARA

COORDINADOR:

Dr. GUILLERMO FOSSATI

PONENCIAS:

- 1) Planteamiento del problema.
- 2) "Tratamiento de las fracturas del tercio medio lateral de la cara":
Dr. Héctor Ardao.
- 3) "Fractura de la nariz": *Dres. Enrique Apolo y Germán Moller.*
- 4) "Conducta frente a las fracturas del maxilar inferior": *Dr. Javier Pietropinto.*
- 5) "Tratamiento de las fracturas del cóndilo del maxilar inferior":
Dr. Jorge De Vecchi.
- 6) "Tratamiento de las heridas de partes blandas de la cara": *Dr. Guillermo Fossati.*

PREGUNTAS

DISCUSION